

## **Un pueblo que vive la Pascua como profecía**

Hay que reconocer que la vida es un cúmulo de aciertos y fallos. Aprendemos de lo bueno, pero inevitablemente lo que hace daño deja su huella - más o menos profunda- en el corazón. Somos, al fin y al cabo, la suma de lo vivido, de lo ocasionado o perjudicado a los demás, de lo que -como don- hemos recibido de otros. Palabras como fidelidad, confianza, complicidad, alegría necesariamente se viven en plural, las entendemos gracias unos a otros.

Para muchas personas hemos sido una buena noticia en sus vidas, pero nuestra responsabilidad también abarca el daño causado por nuestro pecado. Nuestro actuar no deja indiferente, ni para bien ni para mal, tenemos una responsabilidad moral de todas nuestras obras, y ante Dios también de todos nuestros pensamientos, “de dentro brota lo que hace impuro al hombre” (Mc 7, 23). Así lo va describiendo el Profeta: “... no hay fidelidad, ni hay amor, no hay conocimiento de Dios en la tierra: perjurar, mentir, matar, robar, cometer adulterios; crímenes tras crímenes se perpetran” (Os 4, 1-2).

Oseas predica contra esta necesidad de empeñarse en vivir lejos de Dios, encerrados en el propio pecado, teniendo como horizonte vital la simple satisfacción de los caprichos. Israel se ha olvidado de Dios y practica la infidelidad. Han olvidado a Aquel que tanto y tan bien les había hecho: la liberación de Egipto. “Cuando Israel era niño, Yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, tanto más se alejaban de mí” (Os 11, 1-2a). Y lo que es peor, año tras año celebran la Pascua, el recuerdo de aquel hecho liberador, pero sin ningún tipo de contenido. Han convertido la celebración en un simple banquete ritual. El profeta usa un término duro: el pueblo se ha prostituido (Os 1, 2).

La Cuaresma nos sitúa con toda su crudeza ante esta realidad. También nosotros hemos olvidado la Alianza, hemos desechado el mandato nuevo del amor... Nuestras obras no reflejan aquello que en esa otra cena, que sustituyó a la pascua judía, Jesús nos pidió casi de rodillas cuando fue lavando los pies uno a uno a sus discípulos.

Pero el Profeta no habla para condenar, sino para ofrecer el camino de la salvación: “por eso, Yo mismo la seduciré, la conduciré al desierto y le hablaré al corazón.” (Os 2, 16). El gran mensaje de la Cuaresma es que Dios nos sigue buscando, por eso culmina en la Semana Santa, cuando se hace patente, explícita, esa entrega de misericordia y nueva vida.

Pero necesitamos ese desierto que estamos viviendo estos días. La experiencia fundante del pueblo de Israel, la liberación de Egipto y el paso a la tierra prometida por Dios, atraviesa un largo tiempo de desierto. La memoria de este caminar es interpretada por el pueblo como la presencia activa de Dios, la gran manifestación de su Amor (Dt. 26, 5-9; Sal 136, 16).

También nosotros debemos cruzar ese desierto: significa una interrupción de la vida cotidiana, para retirarse por un momento y renunciar a la rutina diaria y regalar un tiempo de nuestra vida a Dios. Es interrumpir las tareas propias de la vida para ofrecer a Dios un poco de nuestro tiempo para la contemplación y la escucha. Un buen ejemplo que explica esto lo tenemos en la actitud de Marta y María ante la visita de Jesús a su casa: el Señor alaba la actitud de María, que permanece a los pies del Maestro escuchando su palabra.

El desierto es interrupción del quehacer cotidiano para salir al encuentro de Dios en actitud de búsqueda, escucha y silencio. Es tiempo de gracia porque es don gratuito a Dios, le ofrecemos y entregamos un momento de nuestra vida para que El disponga. Así también nuestras vigiliias pueden ser un momento extraordinario para esta Cuaresma y Pascua. Se convierten en esos lugares donde realmente puedo sentir que Dios me habla al corazón.

Pero con el profeta podemos preguntarnos... y todo esto ¿para qué? ¿Por qué hay que reconocer el pecado? ¿Por qué tenemos que aceptar que hemos sido malos? ¿De qué puede servir si el mal ya ha sido hecho y no hay vuelta atrás? Muy sencillo. Para experimentar el amor. Es el mismo Dios el que ha puesto sus palabras en la boda de Oseas: “Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré conmigo en justicia y derecho, en amor y misericordia. Te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás al Señor” (Os 2, 21-22).

Vivir la Pascua es volver a sentir el enamoramiento de Dios con nosotros. Él tiene necesidad de darnos a conocer y experimentar su amor. Parece que “no puede vivir” sin amarnos: “Era para ellos como quien alza a un niño hasta sus mejillas, y me inclinaba a él y le daba de comer” (Os 11, 4). Si para explicar el pecado utiliza el ejemplo de la prostitución, el símil para la entrega de Dios a su pueblo es la del matrimonio. Este concepto de las relaciones entre Dios y su pueblo bajo el símbolo de la unión conyugal aparece por primera vez con Oseas, exceptuando el Cantar de los Cantares. Esa relación esponsal anticipa y prepara la imagen del Buen Pastor, que busca la oveja perdida hasta que la encuentra... ¡porque la ama!

Este mes -final de la Cuaresma y centro de nuestra gran fiesta: la Pascua- marca un camino necesario para cualquier adoradora. Nuestra sed nace tras la experiencia de la noche santa de Pascua, nuestro corazón siente la necesidad de prolongar la alabanza, la adoración, la reparación y la acción de gracias en todo momento. No podríamos vivir plenamente nuestra vocación cristiana sin una entrega plena en la Adoración Nocturna. Dios nos espera para mostrar nuevamente un amor que después debemos comunicar.